

á los dos días dió á luz seis pequeños, cubiertos de espinas, y los cuidó con la mayor solicitud: le di varios alimentos y observé que comía con gusto insectos, gusanos, ranas, sapos, y hasta culebras. Los ratones eran su manjar predilecto; no tomaba frutos sino á falta de su acostumbrado alimento; habiéndole sometido dos días al régimen vegetal, comió tan poco, que murieron de hambre dos pequeños, y pude notar además que la leche de la hembra comenzaba á retirarse.

»Este erizo daba pruebas de gran valor contra animales peligrosos. Cierta día introduje en su caseta ocho hamsters, séres malignos y poco sufridos: apenas advirtió aquel su presencia, erizó las espinas, lanzándose sobre uno de ellos con la nariz pegada al suelo. Al mismo tiempo produjo un murmullo particular cual si diese la señal de ataque, y con las espinas de su cabeza se formó una especie de casco. En vano le mordió el hamster con furia: no consiguió otra cosa sino ensangrentarse la boca, y recibió tantos pinchazos en los costados y mordiscos en las piernas, que hubiera sucumbido á no sacarle de allí. El erizo arremetió entonces contra los otros,

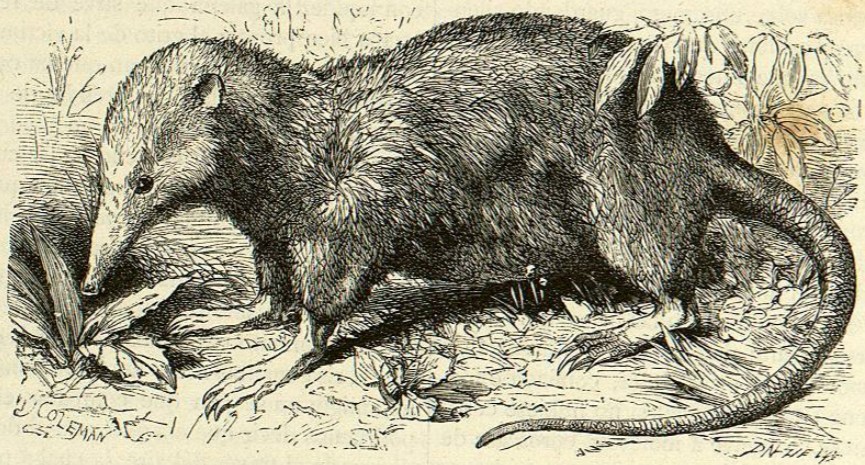


Fig. 13.—EL SOLENOTON CUBANO

sas, y devoró la mitad del cuerpo. Hecho esto, fué á echarse junto á sus pequeños para darles de mamar. Llegada la tarde comióse una segunda víbora y el resto de la primera; al día siguiente devoró otras dos recién nacidas; su salud y la de sus hijuelos no se resentieron por ello, pues ni aun se hincharon las heridas.

»El 1.º de setiembre se introdujo otra víbora y se armó otra lucha: acercóse al reptil para olfatearle, como la primera vez, siendo mordido varias veces en la cara y en las espinas; pero habiéndose herido gravemente la víbora con ellas, trató de huir. Arrastróse por la jaula, seguida de su adversario, al que volvió á morder, hasta que el erizo la llevó al rincón donde estaban sus hijuelos. Al llegar allí la víbora abrió la boca, y enseñando los dientes venenosos, lanzóse sobre su enemigo, mordióle en el labio superior, y quedó colgada de él algún tiempo. El erizo la obligó á soltarse sacudiéndose, y entonces huyó la víbora seguida siempre de su antagonista, que volvió á ser mordido repetidas veces. Esto duró unos doce minutos: el animal había recibido diez mordiscos en el hocico y otros veinte en las espinas; la boca del reptil estaba herida y llena de sangre; el erizo le había sujetado por la cabeza, pero consiguió escaparse, y cogiéndole yo entonces, ví que sus dientes venenosos se hallaban todavía en buen estado. Cuando volví á echarle, el erizo le mordió en la cabeza, y después de triturársela, se comió muy despacio su víctima á pesar de sus contorsiones. Luego se fué al rincón para que continuasen mamando los pequeños; ni la hembra ni su cria tuvieron tampoco novedad aquella vez en su salud.

luchando sucesivamente con igual ardimiento, por lo cual tuve que retirarlos también.

»Pero veamos ahora sus luchas con las víboras; admiremos sus actos, y reconózcase que no tenemos valor para imitar á este animal.

»El 30 de agosto, á las diez y media, en el momento en que la hembra daba de comer á sus hijuelos, eché en su caseta una víbora grande, que seguramente era venenosa, puesto que dos días antes había matado un ratón. El erizo la huseó bien pronto, pues siempre se guía mas por el olfato que por la vista; levantóse, se acercó sin temor y olfateó al reptil desde la cola á la cabeza, y principalmente en la boca. Silbó la víbora y mordió varias veces á su adversario en el hocico y los labios; mas como si quisiera burlarse de tan débil enemigo, contentóse el erizo con lamerse las heridas, prosiguió luego su exámen y recibió otro mordisco, aquella vez en la lengua. No dejó por esto de seguir olfateando y lamiendo al reptil, aunque sin morderle; mas al fin le cogió la cabeza, se la trituró, juntamente con los dientes y las glándulas veneno-

»Estas luchas se renovaron varias veces; siempre comenzaba el erizo por destrozarse la cabeza de la víbora, cosa que nunca hacía con las serpientes no venenosas.»

Esta observacion es muy notable. Segun las leyes fisiológicas, no se comprende que un animal de sangre caliente resista así mordiscos que producen en otros animales la descomposicion de la sangre, y la muerte despues. La mordedura de una víbora basta para matar á mamíferos que pesan hasta treinta veces mas que el erizo; pero este parece tener el don de resistir á los tósigos de una manera particular. No solo se come las serpientes cuyo veneno no obra sino cuando se infiltra inmediatamente en la sangre, sino que devora otros animales que no son ponzoñosos hasta llegar al estómago, como sucede con las cantáridas, cuyo simple contacto irrita é inflama la piel, y producen la muerte de otros animales que se las comen.

De todo lo dicho podemos deducir con seguridad, que el erizo es un animal de los mas útiles. ¿No están suficientemente compensados los pocos perjuicios que puede causar, si es que en realidad ocasiona alguno? Preténdese que es apasionado por los huevos de gallina; que sabe descubrirlos muy bien, vaciándolos sin perder una gota; y se dice haberle visto dejar uno en el suelo con mucho cuidado, cogerle entre sus patas delanteras y hacer un agujero en la cáscara para sorbérsele de un golpe. Hasta se asegura que saquea los gallineros; hay quien sostiene que encontró un erizo que había matado quince gallinas en una sola noche, devorando una de ellas; pero si se examinaran las pruebas de semejantes aser-

tos, seguro es que el hecho no se confirmaría. Cierta propiedad que observó un destrozador entre sus animales domésticos, puso trampas alrededor de su gallinero, y al día siguiente halló tres erizos, los cuales fueron acusados del daño; alguna astuta marta era seguramente la verdadera culpable, y no los pobres insectívoros, que sin duda quedaron aprisionados cuando buscaban ratones. Lo mismo sucede cuando mueren conejos y otros animales; culpase de ello á los erizos: pero nosotros les declaramos inocentes, y no podemos permitir se desconozcan los servicios que prestan.

Hace poco tiempo un médico de la region oriental de la Frisia, por nombre Becker, me dió noticias de un erizo que estaba persiguiendo en pleno día á una bandada de gallinas; el animal seguía tras estas con marcha rápida y en línea recta; pero las gallinas no parecían tener miedo á este enemigo. «Cuando el erizo, dice Becker, estaba próximo á alcanzar la deseada presa, volaba esta cacareando hasta cierta altura, y el burlado animal avanzaba siempre unos seis pasos mas de lo necesario, lo cual hacía reír de veras. Lanzando un chillido

que podría muy bien compararse con el sonido de una pequeña trompeta de niño, se levantaba el erizo burlado para continuar así persiguiendo á las gallinas por el espacioso jardín. El gallo, al cual no se atrevía á atacar nuestro animal, no vió el menor peligro en sus ataques repetidos á lo menos por veinte veces consecutivas, y limitábase á avisar de vez en cuando á sus protegidas, sin intentar nunca agresion alguna contra el perturbador de su tranquilidad.» Es cierto que el erizo es un ladrón, pero no es en manera alguna dañoso para los animales domésticos.

Segun hemos visto, el erizo lo hace todo con lentitud y reflexión, y así se explica que el período del celo dure para él desde fines de marzo hasta últimos de junio. En todo este tiempo parece muy excitado: el macho retoza con su compañera y lanza los mismos gritos que cuando se irrita mucho. Un murmullo sordo, un chillido mas fuerte, ó un castañeteo mas distinto parecen ser las señales de descontento, y cuando se encoleriza ó espanta, profiere un gruñido como el del tejón. Todos estos sonidos se perciben en la época del celo,

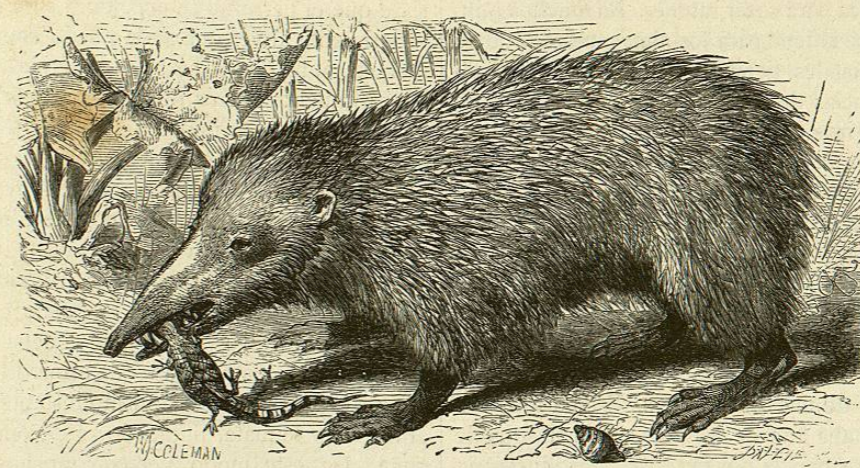


Fig. 14.—EL TAUREC CERDOSO

pues el macho tiene también sus cuidados; no le faltan rivales que vayan á turbar la tranquilidad de su existencia, ni tampoco su compañera le es del todo fiel.

Siete semanas despues del apareamiento pare la hembra de tres á ocho hijuelos, que deposita en un extenso lecho preparado de antemano bajo una cerca, un monton de hojas ó de musgos, ó en algun campo de trigo. Los recién nacidos miden unos 6"07 de largo, tienen el color blanco, y están completamente desnudos, pues las espinas no aparecen hasta varios días despues. Lenz ha visto en su casa, no obstante, pequeños que nacieron con las espinas, y dice con tal motivo: «Esto no tiene nada de particular: las espinas se apoyan solo en un substratum elástico muy blando; el lomo es blando también; cuando se toca una de aquellas, se hunde y vuelve á salir apenas se retira el dedo. Solo cuando se comprime la espina se reconoce que es dura. Además de esto, los hijuelos salen de cabeza, y como las espinas están inclinadas hácia atrás, no se hiere la madre. Sin embargo, es posible que nazcan erizos pequeños sin tener todavía las espinas.»

Los individuos recién nacidos tienen un mostacho alrededor de la boca; sus ojos y oídos están cerrados, y en las primeras veinticuatro horas crecen las espinas un centímetro. Ya hemos dicho antes que los pequeños son blancos en un principio; al cabo de un mes tienen el color de los viejos, y comen aunque mamen todavía. Hasta bastante tiempo despues no adquieren la facultad de enroscarse y extender la piel de la frente. La madre les lleva muy pronto gusanos, li-

mazas y frutos caídos de los árboles; por la noche sale á cazar con ellos. En estado de libertad, manifiéstase mas solícita con sus hijos que cuando está cautiva; en este último estado se los come algunas veces por muy abundante y escogido que sea su alimento.

Hácia el otoño son los jóvenes erizos bastante grandes para poder buscar por sí mismos el alimento: antes de la llegada del frío, cada cual hace su provision de grasa y se ocupa entonces en preparar su guarida de invierno, que consiste en un monton de paja, de heno y de musgo, en cuyo interior se ve una especie de cama arreglada cuidadosamente. Dicese que el erizo lleva todos estos materiales sobre el lomo: revuélcase entre las hojas secas, se clava una porcion de ellas en las espinas y las conduce á su albergue, procediendo lo mismo para almacenar frutos. Con frecuencia se ha puesto en duda el hecho; pero Lenz lo ha visto con sus propios ojos, y no es permitido sospechar de la veracidad de semejante observador.

Cuando se dejan sentir los primeros fríos, introdúcese el erizo en la vivienda que ha preparado y pasa allí todo el invierno dormido. Es uno de los animales de sueño invernal mas profundo; cuesta mucho trabajo despertarle, y aun cuando se consiga, vuelve á quedar al momento sumido en el mismo letargo. Se ha dado el caso de cortar el cuello á varios erizos dormidos de este modo, sin que manifestasen la menor impresion, habiéndose observado además que el corazón continuaba latiendo largo rato. En un individuo que no tenía

ya el cerebro ni la médula espinal, el corazón siguió latiendo por espacio de dos horas. Las heridas profundas en el pecho no producen la muerte del erizo dormido hasta pasados algunos días. El sueño de este animal dura hasta el mes de marzo.

Los erizos jóvenes no son aptos para reproducirse cuando solo tienen un año; no se aparean hasta el segundo; viven en compañía de la hembra hasta el invierno, y entonces se separan para volver cada cual a su agujero.

CAUTIVIDAD.—El erizo es fácil de domesticar; para ello basta colocarlo en un sitio conveniente; y si se le trata con bondad y cuidado, proporcionándole una vivienda oculta, resiste muy bien su cautiverio, acostúmbrase al hombre y pierde el temor. Toma el alimento que le dan, y lo busca él mismo en la casa, en el patio, en las granjas y en los graneros. «Es dudoso, dice Tschudi, que los individuos cautivos sean muy peligrosos para los ratones, si se ha de juzgar por la costumbre que tenía cierto erizo de comer en la misma escudilla con uno de dichos roedores.» Esto no prueba nada, y además, resulta de numerosos testimonios que el erizo se distingue por su destreza para cazar ratones. En muchos puntos es muy buscado este animal para los almacenes donde no se quieren gatos, los cuales tienen la mala costumbre de echar a perder mercancías de gran valor con su pestilente orina. Yo he tenido erizos en jaula; vivían como ratones y tomaban su alimento en la misma escudilla, lo cual no impidió que cierto día devoraran a sus compañeros de cautiverio.

Los erizos son muy a propósito para destruir los insectos, especialmente los grillos, y desempeñan su cometido con un celo sin igual.

«Un erizo que teníamos en casa, dice Wood, hacía una vida verdaderamente nómada: venían continuamente a pedirnos para que exterminase los grillos en las casas vecinas, y no hacía más que ir de una parte a otra. Estaba muy domesticado, y se presentaba aun de día para comer su sopa de leche. Paseábase con frecuencia por el jardín, introduciendo su hocico por todos los agujeros y rincones y revolviendo cuantas hojas hallaba al paso. Si oía las pisadas de alguna persona desconocida, enroscábase al momento y permanecía inmóvil hasta que le parecía hallarse fuera de peligro. No tenía ningún miedo de nosotros, pues seguía corriendo cuando estábamos delante; y acaso hubiese vivido largo tiempo, á no ser por un accidente imprevisto que le costó la vida. Habíase depositado debajo de un cobertizo varias pértigas llenas de habichuelas, que formaban un monton, y este parecía ser muy del agrado de nuestro erizo, pues cuando dejábamos de verle durante algunos días, era seguro encontrarle allí. Cierta mañana, no obstante, apareció colgado del gancho de una pértiga. Probablemente se había caído al querer trepar por el monton, quedando enganchado y sin poder desprenderse. La muerte de este animal nos contristó mucho, y nunca tuvimos otro tan agradable como él.»

Los erizos son incómodos en las casas por el ruido que hacen de noche. En todos sus movimientos se revela su pesadez; no tienen la agilidad de los gatos; son además algo sucios, y exhalan un olor de ámbar muy desagradable; pero en cambio entretienen y se domestican muy bien. Fácilmente se acostumbra un erizo a todo régimen y a todas las bebidas; no desprecia las espirituosas y le gusta mucho la leche. El doctor Ball habla de algunas observaciones muy curiosas que hizo con varios erizos; dice que los embriagó mas de una vez, dándoles de beber vino, y aun aguardiente. Un erizo acabado de coger se domesticó perfectamente después de haberse emborrachado; y el doctor adoptó el sistema de comenzar siempre la educación de estos animales dándoles aguardiente con azúcar, ron ó vino. «Mi pequeño

erizo, dice Ball, se condujo enteramente como un hombre embriagado: estaba fuera de sí; sus ojos, de mirada tan inocente por lo regular, brillaban y parecían extraviados como los de un beodo; tropezaba sin fijar la atención en nadie, y andaba del modo mas extraño que imaginarse pueda. Caíase tan pronto de un lado como de otro, y gesticulaba cual si quisiera decirnos que nos apartásemos para dejarle paso. Poco á poco aumentó su debilidad, apenas podía tenerse, y llegó al fin á un estado de embriaguez tan completa que se le pudo dar vueltas en todos sentidos, abrirle la boca y tirarle de los pelos sin que se moviese. Doce horas después se le vió correr de nuevo; estaba del todo domesticado, y cuando me acerqué á él no erizó sus espinas.» También Alberto hizo embriagar á su erizo y pudo observar en él lo mismo que Ball.

La ignorancia y la malignidad convierten al hombre en enemigo de los erizos, mas no es este el único enemigo que deben temer. Los perros le profesan un odio mortal; apenas descubren uno se ponen fuera de sí y le acometen con rabia; pero el erizo permanece inmóvil, protegido por su coraza, mientras que sus adversarios se ensangrientan el hocico. Diríase que el perro no se encoleriza sino por el despecho que experimenta al ver que nada puede contra el pequeño animal, en tanto que él se hiere repetidas veces. Hay, sin embargo, muchos perros de caza que no retroceden ante las espinas. Un amigo mio tenía un perro que mataba cuantos erizos veía; al envejecer desgastáronse sus dientes y ya no podía hacerlo; pero conservaba siempre su odio hacia estos animales; si encontraba uno, cogíale con la boca, llevábale á un puente y le tiraba al agua.

El zorro persigue al erizo con ardimiento, y según parece, le obliga á desenroscarse: empujale con sus patas hasta cerca de un arroyo y le echa en el agua, ó bien se vuelve de espalda y le riega con su fétida orina. El pobre animal se estira entonces; pero en el mismo instante le coge el zorro por el hocico y le mata, pudiendo ya devorarlo sin dificultad alguna. De este modo perecen muchos erizos, sobre todo cuando son jóvenes.

El gran-buho es un enemigo no menos temible para el erizo. «No léjos de Schnepenthal, dice Lenz, hay una roca conocida con el nombre de Thorstein, en cuya cima anidan estas aves. Con frecuencia he hallado entre sus restos pieles de erizo, y espinas en las bolas que vomitan. Conservamos en nuestra colección una de estas, formada enteramente de espinas de dicho animal. Las uñas y el pico del gran-buho son largos y rígidos, y pueden atravesar fácilmente la coraza del erizo. Cierta día que fueron á pasearse nuestros discípulos, vieron que una de estas aves emprendía su vuelo llevando algo entre las uñas; lanzaron un grito, y el pájaro dejó caer su presa; era un erizo de gran tamaño, que estaba todavía caliente.»

Aun tiene este animal otro enemigo mucho mas peligroso que los demás, y es el invierno. Los individuos jóvenes, inexpertos y hambrientos, salen todavía á fines del otoño para buscar su alimento durante la noche; pero las heladas les matan. Muchos perecen porque su retiro se halla expuesto al viento y á las tempestades.

USOS Y PRODUCTOS.—Aun después de su muerte puede ser el erizo útil al hombre, al menos en ciertos países. Los bohemios y otras tribus errantes se los comen: si se ha de creer á M. Cherblanc, á ellas debe atribuirse en parte la destrucción de los erizos, que tanto interés tiene el hombre en conservar por los servicios que le prestan.

«Desde hace algun tiempo, dice, las cuadrillas de gitanos infestan nuestra campiña y se establecen en los caminos, donde se ven grupos de quince á veinte individuos. Durante el día se dedican los hombres á fabricar cestas; pero llegada

la tarde, el padre de familia desata al perro, adiestrado para esta caza; recorre el lindero de los bosques y las orillas de los arroyos, y todas las noches se apodera de cuatro ó cinco erizos, que sirven para el alimento de la colonia.

«Un bohemio me aseguró haber cogido veintidos, desde Lozana á l'Arbresle, en una sola noche y en un espacio de seis kilómetros. Cálculése ahora cuántos reptiles hubieran podido destruir estos veintidos erizos!

«He tenido varias veces ocasión de ver cómo mataban varios de estos animales, y se me ha dicho cómo los preparaban para comerlos.»

La operación es tan sencilla como ingeniosa: cubren todo el animal con una capa de arcilla bien amasada, le colocan así sobre el fuego y le dan vueltas; cuando esta capa de tierra se ha secado ó endurecido, se supone que ya está bien asado el erizo. Entonces se le retira del fuego, se le deja enfriar y se levanta la cubierta, con la cual caen todas las espinas. Con esta preparación se conserva completamente el jugo de la carne, obteniéndose un asado, que podrá ser muy agradable para el paladar de aquella gente; pero que probablemente repugnaria al de personas mas delicadas.

Añade M. Cherblanc, que además de los bohemios, existen en ciertos distritos del departamento del Ródano varios individuos que, según el rumor público, se dedican á la caza de erizos y llevan un gran número de ellos á Lyon, donde sirven de alimento á los aficionados á esta caza singular.

El erizo figuraba mucho en la terapéutica antigua: utilizábase su sangre y sus entrañas, ó bien se quemaba todo el animal, aprovechando sus cenizas para ciertos usos, según hemos visto que se hacía con las del perro. Aun hoy día se atribuyen á su grasa virtudes particulares.

Los antiguos romanos empleaban la piel á guisa de cardadores para peinar las lanas. Plinio refiere que esta mercancía reportaba grandes beneficios, y que no hubo otra que diera origen á tantos decretos del senado ni á tantas quejas de los emperadores á las provincias. También se ha empleado la piel del erizo como rastrillo, y en nuestros días la utilizan muchos campesinos para destetar los terneros. Sujetan en el hocico del animal un pedazo pequeño de piel de erizo cubierto con sus espinas; cuando el ternero quiere mamar, hace daño á la madre, y esta rechaza entonces á su hijuelo, obligándole á buscar otro alimento.

EL ERIZO OREJUDO — ERINACEUS AURITUS

CARACTÉRES.—La figura 16 representa una segunda especie, que es el erizo orejudo.

Distinguese del anterior por tener las orejas de mayor tamaño, mas prolongado el hocico, y las piernas mas largas y delgadas. Su cola es corta, en forma de bola y de un color pardo oscuro. En las espinas, guarnecidas de pelo fino por la base, hay de veinte á veintidos surcos, separados por bordes salientes; el mostacho, de color pardo, presenta cuatro hileras de cerdas; los pelos de la cabeza son de un blanco sucio, y las espinas, blancas en la raíz, pardas en el centro y amarillentas en la punta. El cuerpo mide 6^m,26 de largo y 6^m,03 la cola.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Se encuentra este animal en Siberia, en toda la parte occidental de la Rusia Asiática y en Tartaria.

En Egipto habitan dos especies cercanas que difieren por la estructura de las espinas.

COSTUMBRES.—Si ha de juzgarse por lo poco que sabemos, sus costumbres son del todo semejantes á las del erizo comun. De todos modos, no faltan observaciones para que se

pueda decir en qué difieren, si es que existe alguna diferencia.

LOS TALPÍDEOS — TALPA

Los insectívoros mas degradados se esconden bajo la superficie de la tierra: allí observan un género de vida particular. Son conocidos vulgarmente con el nombre de topos, y con el de talpídeos en el lenguaje científico: el número de las especies conocidas no es muy considerable, mas parece que todavía hay algunas no conocidas por los naturalistas.

CARACTÉRES.—Todos los talpídeos tienen un aspecto particular, por el cual se les reconoce en seguida. El cuerpo es recogido, casi cilíndrico: el cuello se confunde con el tronco, pues solo lleva de dos á cuatro vértebras cervicales soldadas entre sí de modo que forman como una pieza única. El hocico se prolonga en forma de trompa puntiaguda; sus patas son pequeñas; las anteriores constituyen una especie de paletas, relativamente gigantescas; las posteriores son delgadas y largas, como las de las ratas; la cola es corta. Este animal tiene los ojos y las orejas atrofiados, y ocultos por un pelaje fino, suave, corto y espeso; los pelos presentan un brillo metálico que solo se observa en alguno que otro mamífero.

Los órganos internos están dispuestos de una manera armónica con esta forma exterior.

La fórmula dentaria se compone de 36 á 44 dientes los cuales todos varían mas ó menos, tanto por su forma y tamaño como por su número. El cráneo, que tiene la cavidad debida, está muy estirado y aplanado; preséntase en él el arco cigomático, y los huesos de la cabeza son muy delgados. En la columna vertebral, además de las vértebras cervicales, de las que varias están soldadas y confundidas, se cuentan de diez y nueve á veinte que sostienen costillas, de tres á cinco que no las tienen, de tres á cinco sacras y de seis á once caudales. La estructura de las patas delanteras supone un gran desarrollo del círculo escapular; el omoplato es largo y delgado, y la clavícula, por el contrario, gruesa. Tiene el brazo muy ancho y el antebrazo corto y fuerte; el carpo comprende diez huesos; los dedos son cortos, provistos de uñas largas y vigorosas, á propósito para socavar la tierra; y ya se observa á primera vista que están destinadas á este uso, pues constituyen una verdadera paleta. En estos huesos se insertan músculos vigorosos, y por lo mismo está el cuarto delantero de este animal mucho mas desarrollado que el posterior.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Los talpídeos se hallan diseminados en toda Europa, en una gran parte del Asia, del Africa del sur y de la América del norte.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Habitan generalmente en los países fértiles: muy á menudo se les encuentra en las montañas, pero prefieren las llanuras; frecuentan mas bien las praderas, los campos, los jardines y los bosques, que no los flancos áridos y secos de las colinas, ó los terrenos arenosos. Rara vez se les encuentra en las orillas de los rios y lagos, y mucho menos aun cerca de las costas marítimas. Todas las especies son subterráneas: construyen galerías, y cualquiera que fuese la naturaleza del terreno, bien sea seco, flojo, arenoso, blando ó húmedo, arrojan á la superficie montones de tierra, conocidos con el nombre de *toperas*. Muchos de estos animales construyen guardias muy complicadas.

Los topos son hijos de las tinieblas; no resisten la luz; rara vez aparecen á la superficie del terreno y son mas activos de noche que durante el día. Su estructura les impide casi totalmente permanecer sobre la tierra; no pueden trepar,